



*Un drama
en Livonia*

Drama que tiene como telón de fondo el malestar político y social debido al surgimiento nacionalista ruso, que provocó enfrentamientos entre germanos y eslavos. Dimitri Nicolef, candidato de los eslavos, se ve envuelto en un crimen que no ha cometido, pero todas las pruebas lo acusan; y la situación se complica más cuando él se niega a descubrir los motivos de su viaje, ante el desconsuelo de sus hijos. Los conflictos sociales y étnicos, y las pasiones e intrigas políticas de Livonia se desatan, y Nicolef acabará siendo víctima de un error judicial. Sólo tras su muerte se conocerá la verdad.

✿ LES VOYAGES EXTRAORDINAIRES ✿

UN
DRAME
EN
LIVONIE



Trente-trois

Illustrations

PAR

L. BENETT

PARIS
COLLECTION HETZEL

18, Rue Jacob (6^e)

Tous droits de traduction et de reproduction réservés.

I

FRONTERA FRANQUEADA

AQUEL hombre estaba solo en la oscuridad de la noche. Caminaba con paso de lobo entre los bloques de hielo almacenados por los fríos de un largo invierno. Su pantalón fuerte, su *khalot*, especie de caftán rugoso de piel de vaca, su gorra con las orejeras bajas, apenas le defendían del viento. Dolorosas grietas resquebrajaban sus labios y sus manos. Los sabañones mortificaban sus dedos. Andaba a través de la oscuridad profunda, bajo un cielo cubierto de nubes bajas que amenazaban con copiosa nevada, a pesar de que la época en que comienza este relato era los primeros días de abril, si bien a la elevada latitud de 58 grados.

Se obstinaba en seguir andando. Después de una parada, tal vez se viera imposibilitado de continuar su marcha.

Sin embargo, a las once de la noche aquel hombre se detuvo; no porque sus piernas se negasen a seguir, ni porque le faltase el aliento ni sucumbiese al cansancio. Su energía física era tan grande como su energía moral. Con voz fuerte, en la que vibraba un inexplicable acento de patriotismo, exclamó:

—¡Al fin! ¡La frontera! ¡La frontera de Livonia! ¡La frontera de mi país!

Y con profunda mirada abrazó el espacio que se extendía ante él al oeste. Con pie seguro golpeó la blanca superficie del suelo, como para grabar su huella en el término de aquella última jornada.

Venía de lejos..., de muy lejos... Había recorrido millares de verstas^[1] entre peligros resistidos con valor, vencidos con su inteligencia, su vigor y su resistencia a prueba de todo. En fuga desde hacía dos meses, se dirigía hacia poniente, franqueando interminables estepas, dando penosos rodeos, a fin de evitar los puestos de los cosacos, atravesando los hondos y sinuosos desfiladeros de las altas montañas, aventurándose hasta las provincias centrales del imperio ruso, donde la policía ejerce tan minuciosa vigilancia. En fin, después de haber escapado milagrosamente a los encuentros donde tal vez hubiera perdido la vida, acababa de gritar: «¡La frontera de Livonia! ¡La frontera!»

¿Estaba, pues, en el país hospitalario, al que el ausente vuelve después de largos años, sin tener ya nada que temer; en la tierra natal, donde la seguridad le está garantizada, donde los amigos le esperan, donde la familia le va a abrir los brazos, donde una mujer, o unos hijos aguardan su llegada?

No... Él no haría más que pasar como fugitivo por aquel país. Procuraría llegar al puerto de mar más cercano y embarcarse sin despertar sospechas. Sólo cuando el litoral de Livonia hubiera desaparecido en el horizonte podría creerse a salvo.

«¡La frontera!», había dicho aquel hombre. ¿Pero cuál era aquella frontera, de la que no fijaba el límite ni la cúspide de una montaña, ni un río, ni los árboles de un bosque? ¿No existía, pues, más que una línea convencional sin determinación geográfica?

Era, en efecto, la frontera que separa del imperio ruso Estonia, Livonia y Curlandia comprendidas bajo la denominación de provincias bálticas. En tal sitio la línea limítrofe separa de sur a norte la superficie, sólida en invierno, líquida en verano, del lago Peipus.

¿Quién era aquel fugitivo, de unos treinta y cuatro años, elevada estatura, de vigorosa complexión, ancho de espaldas, poderoso torso, miembros sólidos y decidido andar?

De su capuchón se escapaba una barba rubia, espesa, y cuando el viento levantaba aquél, se veían brillar dos ojos vivos. Un ancho cinturón ceñía su cuerpo, ocultando un saquillo de cuero que contenía todo su dinero, reducido a algunos rublos en papel, y que no alcanzaría para cubrir los gastos de un viaje de alguna duración. Su equipaje de camino consistía en un revólver de seis tiros, un cuchillo encerrado en su vaina de cuero, un zurrón conteniendo restos de provisiones, una calabaza mediada de aguardiente y un sólido bastón. El zurrón, la calabaza y hasta la bolsa eran para él objetos menos preciosos que sus armas, de las que estaba dispuesto a hacer uso, en caso de ser atacado por los lobos o por los agentes de policía. Atento a este peligro, no viajaba más que de noche, con la preocupación constante de llegar sin ser visto a uno de los puertos del mar Báltico o del golfo de Finlandia.

Hasta el presente, y durante tan peligroso viaje, no había experimentado contratiempo alguno, por más que no fuera provisto del *porodojna* o salvoconducto que entrega la autoridad militar, y cuya presentación debe ser reclamada por los dueños de postas del imperio moscovita. ¿Pero sucedería lo mismo en las inmediaciones del litoral, donde la vigilancia es más severa? No era dudoso que su fuga hubiese sido advertida, que por pertenecer a la categoría de los criminales comunes, o a la de los condenados políticos, fuese buscado y perseguido con encarnizamiento. Realmente, si la fortuna, favorable hasta entonces, le abandonaba en la frontera, era lo mismo que naufragar a la vista del puerto.

El lago Peipus, de unas ciento veinte verstas de longitud por sesenta de anchura, es frecuentado durante la estación cálida por los pescadores. Para la navegación se emplean pesadas barcas, rudimentario conjunto de troncos de árboles y de tablas mal cepilladas, llamadas *struzzes*, que hacen el transporte a las aldeas vecinas y hasta el golfo de Riga de los cargamentos de trigo, lino y cáñamo. Pero en aquella época del año, y bajo aquella latitud, el lago no era navega-

ble, y un convoy de artillería podría atravesar su superficie, endurecida por los fríos de un riguroso invierno. No era aún más que una inmensa llanura blanca, erizada de bloques en el centro y cubierta de enormes témpanos en el nacimiento de las aguas.

Tal era el espantoso desierto que el fugitivo atravesaba con pie seguro, orientándose sin gran trabajo. Conocía la región y caminaba con paso tan rápido que le permitiría llegar a la ribera occidental antes del amanecer.

—No son más que las dos de la madrugada —se dijo entonces—. Unas veinte verstas más, y allá abajo puede que encuentre alguna cabaña de pescadores; una cabaña abandonada, donde reposaré hasta la noche. ¡Ahora ya no camino al azar por este país!

Y parecía que olvidaba sus fatigas, que sentía confianza en el porvenir. Si su mala suerte hacía que los agentes volvieran a encontrar sus huellas perdidas, él sabría escapar a la persecución de que sería objeto.

El fugitivo, temeroso de ser sorprendido por las primeras luces del alba antes de haber atravesado el lago Peipus, se impuso un último esfuerzo. Confortado con un buen sorbo de aguardiente de su calabaza, apresuró el paso, sin permitirse un momento de descanso. A las cuatro de la madrugada, algunos arbolillos, pinos blancos por la nieve y algunos macizos de abedules aparecieron ante él confusamente en el horizonte.

Allí estaba la tierra firme; allí también los peligros serían más grandes. Si la frontera de Livonia corta el lago Peipus en su parte media, se comprende que no es sobre esta línea donde están establecidos los puestos de aduaneros. La administración los ha trasladado a la ribera occidental, donde las *struzzes* acostan durante el verano.

No lo ignoraba el fugitivo, y no le sorprendió ver brillar vagamente una luz que agujereaba la cortina de brumas.

—¿Esa luz se mueve o no se mueve? —se preguntó, mientras se detenía junto a uno de los bloques de hielo que

le rodeaban.

Si la luz se movía, se trataba de un farol llevado a mano probablemente para alumbrar una ronda de aduaneros que recorría aquella parte del Peipus, y cuyo encuentro convenía evitar.

Si no se movía, alumbraba el interior de alguno de los puestos fronterizos de la ribera, pues en aquella época los pescadores no habitan aún sus cabañas, en espera del deshielo, que no comienza antes de la segunda quincena de abril, y, en este caso, la prudencia aconsejaba tomar la dirección de la derecha o de la izquierda, a fin de no ser advertido desde el puesto.



El fugitivo torció hacia la izquierda. En esta parte, y por lo que se podía juzgar a través de la bruma que se levantaba al soplo del matutino viento, los árboles parecían más espesos. En caso de ser perseguido, tal vez encontraría allí, primero un lugar donde refugiarse, y después alguna facilidad para huir.

El hombre habría andado unos cincuenta pasos cuando a su derecha estalló un sonoro «¿quién vive?»

Este «quién vive», pronunciado con marcado acento germánico, semejante al «*wer da*» alemán, produjo la más desagradable impresión en aquel a quien se dirigía. Por lo demás, la lengua alemana es la que más se emplea, si no entre los campesinos, al menos por los habitantes de las provincias bálticas.

El fugitivo no respondió al quién vive. Se arrojó boca abajo sobre el hielo, e hizo bien, pues casi en seguida sonó un tiro, y de no haber tomado dicha precaución, una bala le hubiera herido en el pecho. ¿Pero escaparía a la ronda de los aduaneros? No había duda de que éstos le habían visto. El grito y el disparo lo probaban: No obstante, en aquella brumosa oscuridad ellos podrían creer que habían sido juguetes de una ilusión.

Y, en efecto, el fugitivo pudo pensarlo así, a juzgar por las palabras que cambiaron aquellos hombres cuando se aproximaron.

Pertenecían a uno de los puestos del lago Peipus, y eran unos pobres diablos con uniforme, que había pasado del verdoso al amarillento, y que reciben con gusto las propinas que se les dan. ¡Tan mezquino es el salario que les paga la *tarnojna*, la aduana moscovita! Eran dos que regresaban a su puesto y que creyeron percibir una sombra entre los bosques

—¿Estás seguro de haber visto bien? —decía el uno.

—Sí —respondió el otro—. Algún contrabandista que intentaba introducirse en Livonia.

—No es el primero de este invierno ni será el último. Sin duda corre aún, pues no encontramos sus huellas.

—¡Bah! —respondió el que había disparado—. Con esta bruma no se puede distinguir nada, y por mi parte lamento no haber dado en tierra con nuestro hombre. Un contrabandista lleva siempre su calabaza llena, y nos la hubiéramos repartido como buenos camaradas.

—¡Y que no hay nada mejor para confortar el estómago! —añadió el otro.

Los aduaneros continuaron sus pesquisas, con más deseo, sin duda, de calentarse con un trago de aguardiente o de vodka que de capturar al contrabandista. Su trabajo fue inútil.

Cuando el fugitivo les creyó bastante alejados, continuó su camino dirigiéndose hacia la ribera, y antes del amanecer había encontrado refugio bajo una choza, a tres verstas al sur del puesto.

Sin duda, la prudencia exigía que hubiera velado durante aquel día, manteniéndose alerta a fin de evitar toda aproximación sospechosa, y en disposición de escapar si los aduaneros extendían sus pesquisas por aquella parte; pero, rendido de fatiga, por vigoroso que fuera no pudo resistir al sueño. Tendido en un rincón, envuelto en su caftán, se durmió profundamente, y ya estaba el día muy avanzado cuando despertó.

Fue esto a las tres de la tarde. Por fortuna, los aduaneros no habían abandonado su puesto, creyendo que se habían equivocado. El fugitivo se felicitó por haber escapado a aquel primer peligro en el momento en que franqueaba la frontera de su país.

Apenas despertó, satisfecha la necesidad de dormir, experimentó la de alimentarse. Las provisiones encerradas en su zurrón le bastaban para asegurarse un par de comidas; pero sería preciso renovarlas en la próxima parada, lo mismo que el aguardiente de su calabaza, del que bebió las últimas gotas.

—Los campesinos no me han rechazado jamás —se dijo; y los de Livonia no rechazarán a un eslavo como ellos.

Tenía razón, siempre que la mala suerte no le condujera a la casa de algún tabernero de origen germánico, como hay tantos en estas provincias. Éstos no harían a un ruso la acogida que había encontrado entre los campesinos del imperio moscovita.

El fugitivo no se encontraba en situación de mendigar por el camino. Aún le quedaban algunos rublos que le permitirían subvenir a sus necesidades hasta el término del viaje, en Livonia al menos. Pero ¿cómo haría para embarcarse? Ya pensaría más tarde en ello. Lo importante, lo esencial era llegar sin dejarse prender a uno de los puertos del litoral sobre el golfo de Finlandia o el mar Báltico, y a este fin dirigía todos sus esfuerzos.

Cuando la oscuridad le pareció suficiente serían las siete de la tarde, después de preparar su revólver, el fugitivo abandonó la cabaña. El viento había soplado del sur durante el día. La temperatura se había elevado a cero, y la sabana de nieve, agujereada de puntos negros, tendía a fundirse.

Siempre el mismo aspecto del país. Poco elevado en su parte central, no presenta prominencias de importancia más que en la parte noroeste, y su altura no excede de cien a ciento cincuenta metros. Estas llanuras no ofrecen ninguna dificultad a los peatones, a menos que el deshielo haga el suelo momentáneamente impracticable, y quizás esto era de temer entonces, por lo que importaba ganar el puerto, y si el deshielo llegaba prematuramente, tanto mejor, pues la navegación sería posible.

Quince verstas aún separan el Peipus de la aldea de Eck, donde el fugitivo llegó a las seis de la mañana; pero él tuvo cuidado de evitarla. Lo contrario hubiera sido exponerse a que los agentes de policía le pidiesen sus papeles, lo que le hubiese puesto en gran aprieto. No era en aquel pueblo donde le convenía buscar refugio. Pasó el día, a una versta de él, en una casucha abandonada, de la que partió a las

seis de la tarde en dirección sudoeste, hacia el río Embach, donde llegó después de una jornada de once verstas, río cuyas aguas se mezclan a las del lago Watzjero en su extremo septentrional.

En aquel sitio, en vez de dirigirse a través de los bosques de alisos y de arces que se amontonan en la ribera, el fugitivo creyó más prudente caminar sobre el lago, cuya seguridad no estaba aún comprometida.

Copiosa lluvia, que provenía de nubes elevadas, caía a la sazón y activaba la disolución de la sabana de nieve. Los síntomas de próximo deshielo se manifestaban seriamente. No estaba lejano el día en que se produjese el derrumbamiento de los témpanos en la superficie de los ríos de la región.

El fugitivo caminaba rápidamente, deseoso de llegar a la punta del lago antes del amanecer. Tenía que recorrer veinticinco verstas, dura jornada para un hombre fatigado, y la más larga que se había impuesto, puesto que la de la noche había sido de doce leguas. Las diez horas de descanso del día siguiente serían bien ganadas.

Era circunstancia lamentable que el tiempo fuera lluvioso. Un frío seco hubiera hecho más fácil y rápida la marcha. Verdad que sobre el compacto hielo del Embach el pie encontraba un punto de apoyo, que no hubiera ofrecido el camino de la costa, donde el deshielo comenzaba; pero sordos crujidos y algunas grietas indicaban el derrumbamiento próximo de los témpanos, de lo que resultaba otra dificultad para un peatón, si tenía que atravesar un río, a menos de hacerlo a nado. Por todas estas circunstancias era de imperiosa necesidad doblar las jornadas. Aquel hombre lo sabía bien y desplegaba una energía sobrehumana. Su caftán, fuertemente oprimido, le preservaba del viento. Sus botas, en buen estado, pues las había renovado recientemente, reforzadas por gruesos clavos en las suelas, le permitían andar con seguridad sobre aquel suelo resbaladizo. Además, no tenía necesidad de orientarse, puesto que el Embach le conducía directamente a su objetivo.

A las tres de la mañana había recorrido veinte verstas. Durante las dos horas que precederían al alba, llegaría al lugar de parada. No tenía necesidad de alojarse en ningún pueblo ni buscar albergue en posada alguna, pues las provisiones que llevaba le bastarían para el día. No importaba el sitio donde se refugiase, con tal de que estuviese en seguridad hasta que llegara la noche. Bajo los bosques que rodean la punta septentrional del Watzjero se encuentran cabañas de leñadores deshabitadas durante el invierno. Con los restos de carbón que encierran y la leña, es fácil procurarse un buen fuego, que se puede decir calienta el cuerpo y el alma, y no es de temer que en aquellas inmensas soledades el humo indique la presencia de un ser vivo. El invierno había sido duro; pero... ¡cómo había favorecido la huida de aquel hombre, fugitivo desde que pisó el suelo del imperio!

Además, según el dicho eslavo, ¿no es el invierno el amigo de los rusos?

En aquel momento en la orilla izquierda del Embach resonó un rugido... No había duda... era el rugido de una fiera que se encontraba a algunos centenares de pasos. ¿El animal se aproximaba o se alejaba? La oscuridad no permitía reconocerlo.

El hombre se detuvo un instante y prestó oído. Le importaba no dejarse sorprender.

El rugido se reprodujo varias veces con mayor intensidad. Otros le respondieron. No había duda de que una manada de lobos subía por la ribera del Embach, y era posible que hubiesen sentido la presencia de una criatura humana.

El lúgubre encuentro estalló con violencia tal, que el fugitivo pensó que iba a ser atacado.

—Son lobos —se repetía—, y ahora la manada no está lejos.

Grande era el peligro. Hambrientos, después de un invierno riguroso, estos lobos son verdaderamente terribles. Uno solo no es para inquietar, siempre que se sea vigoroso y

se posea sangre fría, aunque no se lleve más que un bastón en la mano. Pero es difícil rechazar a media docena de estos animales, aunque se lleve un revólver en la cintura.

No había que pensar en encontrar un sitio donde ponerse al abrigo de la agresión. Las orillas del Embach eran bajas y desnudas. Ni un árbol, a cuyas ramas se hubiera podido subir. La manada no debía de estar más que a cincuenta pasos, ya se hubiera lanzado al hielo, ya corriese por la llanura.

No había más recurso que huir precipitadamente, sin gran esperanza de distanciarse de las fieras. Así lo hizo el hombre; pero bien pronto sintió a los lobos junto a él. A menos de veinte pasos estallaron los rugidos.

Se detuvo, y le pareció que la sombra estaba iluminada de brillantes puntos, de brasas ardientes.

Eran los ojos de los lobos, de esos lobos furiosos por un largo ayuno y ávidos de la presa que sentían al alcance de sus dientes.

El fugitivo se volvió, con el revólver en una mano y el bastón en la otra. Si el bastón era suficiente, lo mejor era no disparar, para no atraer la atención de los agentes que pudieran rondar por las cercanías de aquel lugar.

El hombre se había plantado sólidamente, después de dejar libre el brazo de los pliegues de su caftán. Un rápido molinete detuvo a los lobos más cercanos. Uno de ellos le saltó al cuello, y él le hizo rodar por el suelo de un bastonazo. Pero eran seis, número sobrado para que no les detuviera el miedo y para que fuera imposible exterminarlos sin hacer uso del revólver. Además, al segundo golpe asestado contra la cabeza de un segundo lobo, se rompió el bastón en la mano que tan terriblemente lo manejaba.

El hombre se puso en fuga; pero como los lobos le siguieran, se detuvo de nuevo e hizo fuego cuatro veces. Dos bestias, mortalmente heridas, cayeron sobre el hielo, que tiñeron con su sangre; pero las últimas balas se perdieron, por haberse separado los otros dos lobos, de un salto, a veinte pasos.